

## Ojos de Bestia

“La única forma de hacer frente a nuestros monstruos era hacerlos emerger, mirarlos cara a cara, ponerlos frente a frente, fantasear con ellos y a costa de ellos (...) Nuestra otra naturaleza a veces es aterradora, sobre todo cuando emerge para reclamar que también esta existe y que es carne de nuestra carne o, mejor dicho, de nuestra fantasía y sueño.” (Servando Rocha)

Cada día nos preguntamos sobre cuál debe ser el papel de una galería ante los retos de la turbulenta época en la que vivimos; al menos, cuál debe ser *nuestro papel*, nuestra actitud; empezando por las imágenes que queremos generar y transmitir. No hay duda de que somos unos románticos y unos ingenuos que aún creemos en el potencial emancipatorio del arte y en su capacidad para interpretar, e incluso para adelantarse a muchos debates sociales y que nos guía en la búsqueda de la necesaria imbricación de lo simbólico con lo político y con la vida real. Por eso nos rodeamos de obras que nos afectan más allá de la (necesaria) experiencia estética y nos alejamos de imágenes de consumo pasajero, destinadas al puro disfrute contemplativo, a las redes sociales o resultado de modas: copia de otras copias que flotarán en la superficie hasta hundirse irremediabilmente; ojalá que desplazadas por aquellas generadas por obras que aspiren a ocupar más espacio que el de su propia superficie.

Quizá también es claro que necesitamos reafirmarnos constantemente. Mostrar cada cierto tiempo nuestro camino –sin señalarle a nadie el horizonte– que se resume en explorar y reflejar cómo se materializa *lo otro* a nuestro alrededor. En enfrentarnos a la proyección del otro negado, a aquello que no queremos ver pese a que no es sino lo que nos configura, lo que somos. Hablar del monstruo que germina en nuestra mente y enraíza, para volverlo sujeto de enunciación. Y hacerlo con obras que nos miran y que nos invitan a relacionarlas con todo lo interno y oculto en nosotros para poder devolverles la mirada. Porque pensamos que cuando el cuadro tiene *Ojos de Bestia*, debemos encontrar el *rugido que nos habla* para aguantársela.

Estas *imágenes-otras*, peligrosas o amenazantes porque tienden a desestabilizar lo dado por certero o norma, vuelven a colonizar nuestro inicio de temporada y a darnos pie a que la galería se llene de discusiones sobre lo simbólico y lo real con una exposición que huye de un solo punto de vista a través de la riqueza del diálogo de varias miradas; las de **Marina Núñez**, **Javier Rodríguez Pino**, **Cristina Ramírez**, **Ana Císcar** y **Black Butter**, artistas que exponen ese ir y venir de lo simbólico a lo real, atravesando un camino oscuro y plagado de seres abyectos que se aprovechan de todo lo sobrante, que son conscientes de que aquello de lo que queremos habitualmente desprendernos, lo que sobra, en realidad es lo que nos compone. Que se preguntan qué sucede frente a una *pintura-otra*; qué sucede cuando una obra nos apela a esta parte oculta y a esas referencias que solo reconocemos en las pesadillas. Esta muestra es ese enigma que tanto buscamos en lo simbólico, repleta de obras que insinúan extrañezas y apariciones e imágenes amenazantes que persiguen agitar nuestras emociones más profundas. Insinuaciones de miedos y fantasías reprimidas que salen a la luz tras ser invocadas con magia negra, *rock and roll*, fantasmagorías y otros terrores. Es en definitiva, la pesadilla como celebración.

“Los ojos se encuentran, se prende el fuego (...) en sus movimientos, en sus giros dinámicos, esos ojos nos miran desde lo que está fuera. Pero al hacerlo fijan nuestra mirada, y nuestro yo fluye, se transforma. Metamorfosis de la visión, de la identidad. De ojo a ojo, despliegue y flujo de los ojos, que constituyen lo que somos: seres híbridos, interactivos, lábiles, cambiantes, fugaces, reflejos en los globos oculares”. José Jiménez describe el trabajo de **Marina Núñez**, cuya obra, siempre poblada de seres abyectos, aberrantes, monstruosos, hibridaciones simbióticas con el mundo natural, nos habla de una identidad metamórfica y múltiple, de una subjetividad desestabilizada e impura para la que la otredad no es algo ajeno, sino aquello que nos constituye. Mirar estos dos ojos silueteados de la serie *Locura* es sentirse mirado, y es mirarse a uno mismo como el ser fragmentado, múltiple, insólito, atónito y abierto a contemplar el mundo hasta el fondo que realmente somos. Con otra perspectiva, con otras perspectivas.

El artista chileno **Javier Rodríguez Pino** se aproxima al cine y al género de terror desde el relato histórico partiendo de una pregunta “¿Cómo construir un relato físico y material que nos ayude a comprender mejor nuestra historia reciente marcada por el terror y la violencia?”. La respuesta es el proyecto *Una historia espeluznante*. Una narración amplia y compleja, de la que aquí solo se muestra un fragmento, repleta de dibujos, grabados y vídeos donde tres mujeres estudiantes de arte, cercanas a un grupo subversivo chileno, practican la brujería y el espiritismo, mientras escuchan rock. Uno de sus referentes será la figura de Kurt Cobain, cantante de Nirvana y símbolo del No-Futuro y de toda una generación que vio tambalearse las utopías modernas. La agencia de la violencia política continúa y late en los radicales elementos que rodean a las protagonistas.

Como siempre en su obra, mediante una figuración prolija en detalles y que no ofrece descanso a la mirada, **Cristina Ramírez** busca ir más allá de la superficie del papel para cuestionar las visiones habituales sobre ciertos temas: el terror, lo informe, lo desconocido; en suma, *lo otro*. Su trabajo persigue lo raro, lo que no debería existir, mediante un permanente cuestionamiento del sujeto y del mundo a través de la representación de paisajes que a menudo se deforman, rasgan y pervierten al entrar en conflicto con la irrupción de un universo ajeno, de otro orden. Esta obra, de la serie *Todos los finales posibles* –un proyecto de dibujo que parte del análisis de las estrategias narrativas y simbólicas del cine *slasher*– insinúa partes de cuerpo tradicionalmente atravesadas por las armas de los asesinos en esas películas de terror, pero que aquí componen escenas llenas de vísceras que se han revuelto contra el arma logrando esquivarla e incluso rodearla, anudándose en una especie de contraataque. Una subversión de los roles entre armas y tripas que para la artista es una forma de ir contra lo establecido en el género de terror, en cuanto producto cultural popular que suele reproducir los tristemente habituales esquemas sociales de exclusión y represión y una escala de valores en la que siempre pierden las mismas.

La máquina fotográfica crea imágenes y el modo de imaginarlas y percibir las. Y así, máquina e imagen transforman nuestro entendimiento respecto a la realidad que acontece, de la misma manera que construimos otros conceptos como la otredad. Y si los artistas anteriores apelaban a este constructo desde la representación, **Ana Císcar** lo estudia desde el apartado teórico. Para ello, la artista compone un relato de relatos de una historia pasada pero con ecos en el presente, tomando el estudio de la fotografía y el acto de mirar como ejes principales en esta narración. Los fragmentos de su historia parten de fotografías antiguas de archivo o de prensa que traslada al medio pictórico mediante un juego de veladuras que otorgan a las imágenes un carácter fantasmal y siniestro. Con el fin de cuestionar “aquello que las imágenes pueden mostrar, pero también, ocultar”, presenta una instalación textil que parte del proyecto *The act of seeing with no eyes*. Hay en esta obra un cambio de medio que deviene del interés por explorar el concepto de “la imagen como velo” generando “un juego entre lo transparente, lo translúcido, lo opaco y desdibujando los límites entre estas acepciones tan presentes en los estudios visuales”.

En las obras de **Black Butter** la influencia del imaginario de la cultura manga y los videojuegos de rol componen figuraciones liminares que aprovechan cualquier desecho formal para conformarse. En su obra aquello que podría ser afable, *naif* o simple, se complica en siniestros monstruos, fantasmas y murciélagos. La mezcla de materiales (acrílicos, ceras, óleos y sprays) en el proceso produce un carácter denso y matérico, los colores vibran casi fosforitos y se emborronan y deshacen, también son seres ávidos de negro y más negro como si el color fuese una epidemia que se propaga desde los cuerpos hasta la pincelada y el lenguaje, y como si la propia pintura se alimentase de sí misma. Con un estilo *brut* y neoexpresionista da fuerza a estos personajes cuyos ojos llameantes o de cuencas vacías tornan en abismos que atraen todo y a todos, deseosos de seguir alimentándose, de seguir creando.

Son todas imágenes inexpugnables que resisten a la fugacidad de este tiempo y que se mueven en esa oscuridad tan querida, pero también tan amenazante.

Yaiza González y Pedro Gallego de Lerma

“El *Leviatán* contemporáneo sigue alimentado del miedo al otro que siempre puede estar demasiado cerca” (Fernando Castro)